

Marcelino, pan y vino

Ignacio Ellacuría S. I.

Vuelve “Marcelino, pan y vino” a las pantallas de San Salvador; en ello cabe ver una alabanza y una bendición para los capitalinos que hacen posible esa vuelta que dice bien de su sentido humano y estético. Para ayudar a esa alabanza y a esa bendición se escriben estas líneas; porque Marcelino... es una película sencilla y clara, lo cual no significa necesariamente que sea fácil y que no necesite de profundización e interpretación: no hay que fiarse, sin más, de lo sencillo y claro como si, por serlo, negase la hondura y el simbolismo. Precisamente un articulista de “El Imparcial” de Guatemala cometía tales desaciertos en la interpretación de esta película universal que uno se espanta de tal ceguera espiritual atrincherada en necias alusiones progresistas. Quería la tal articulista, —porque señora es— que Marcelino siguiese creciendo, tomase oficio y llegase al matrimonio, porque “la muerte no es ninguna enseñanza para la vida” —sabrás la señora lo que se está diciendo? Le recomendamos una visita a los mejores pensadores de la humanidad antiguos y nuevos—.

Pero no es mi empeño aquí refutar tal artículo que se derrumba por sí solo ante el peso de su ignorancia e incompreensión, sino el de contribuir al mayor aprovechamiento de esa medicina espiritual, tan profundamente humana. Un periódico japonés escribe: “Con películas como ésta se arreglaría nuestra sociedad en poco tiempo.” Entremos, pues, en materia.

Ante todo, Marcelino es un cuento, una fábula lírica y soñadora. Se lo contó un día Sánchez Silva, premio nacional de literatura en España, a su hija monja; que es cuento de padres a hijos. Se lo cuenta ya en la película un fraile de San Francisco a una niña enferma y solitaria. Se lo cuentan a las gentes de humano corazón, millones y millones a lo ancho de la tierra, el guionista con el director y, sobre todo, el niño protagonista de la cinta. Cuento y fábula viejos de muchos siglos que los recogió de unas ruinas cualquier romancero anónimo en tiempo de Alfonso el Sabio y que, en nuestros días, lo bebió en el aire de la noche un cuentista maravilloso.

La película, afortunadamente, sigue siendo un cuento narrado, esta vez en imágenes, música y brevísimos parlamentos.

Y, en seguida surge la cuestión y el problema: están el mundo de hoy y los cines de siempre para cuentos? Las gentes hubieran respondido que no; pero, tras la película, han contestado afirmativamente: se cuentan por

millones los lectores y espectadores de las lenguas y estilos de vida más dispares. Es una llamada a la meditación de quienes nos inundan con novelas truculentas y sacudidas, con "seriales" radiofónicos dichos con emoción artificial y melosa. El hombre de hoy necesita algo muy distinto y aunque no sepa qué, al encontrarse con este manso y tierno cuento, sin excitaciones mentirosas y desasosegantes, con un decir claro y luminoso que se le adentra en el alma y le resucita a una vida olvidada pero querida, reconoce mejor lo que ansiosamente busca.

Eso es Marcelino: un cuento más para grandes que para chicos que viene a llamar quedamente los corazones dormidos sólo excitados por sórdidas sensaciones a una vida infrahumana. Un cuento que viene a iluminar, a sosegar, a purificar, a humanizar no por choque de pasiones y realidades dolorosas sino por sublimación, por evasión a una atmósfera distinta que ya no respiramos, que hasta hemos olvidado cómo es.

Como corazón del cuento y de la película se ha situado a un niño a quien el mismo Dios completó el nombre y el ser: "Desde hoy, te llamarás Marcelino pan y vino;" un niño que, aun amado de todos, no es comprendido a fondo —y hay comprensión sino es hasta el fondo?— sino por el Cristo; sólo El le llega hasta el hondón del alma: Marcelino, bueno como el pan, ardiente y despierto como el vino, tenía dentro todo el claror de la infancia y del cristianismo y eso, —es lo grande y sugestivo en él, lo abrumadoramente simbólico— sin percatarse de ello como el Renato protagonista de "La Frontera de Dios." Es con sus seis años nunca excedidos ni desbordados, siempre fiel a sí mismo y sin ser nunca otro, sin alienizarse jamás, un corazón abierto a lo eterno para quien la religión no es teoría lejana y sobreañadida sino vivencia de todos los momentos porque está entrañada en la propia vida a través de la soledad valiente de su espíritu, de la ternura sin límites para la madre que no conoció pero que es bella como todas las madres y que le espera más allá, de su amigo Manuel —pero quién es Manuel?— que está junto a él sin que lo vea ni lo haya visto. A Dios tampoco le había visto y sin embargo, le conocía y estaba con El: "Marcelino, no me tienes miedo? —No.— —Sabes quién soy?— Sí, eres Dios." Ese contacto fácil e indubitable con una vida superior enfrentada sin un pestaño, sin vacilación alguna, sin asomos de extrañeza o temor, es todo un mensaje inefable.

Lo había sorbido de los doce franciscanos que le rodearon desde su primer vagido, franciscanos al modo del hermano Francisco, hermano siempre y de todos, amigo de las cosas sencillas y naturales, tierno con los hombres, los niños y las cosas porque sabe de dónde vienen y a dónde van. Franciscanos que viven, ellos sí, una vida que los demás debemos, por lo menos, soñar, una vida toda símbolo que con los más escasos recursos materiales e intelectuales conduce a las más hondas intensidades. Al Fausto de Goethe no se le ocurrió asomarse por el convento de estos frailes: tal vez, le hubieran ayudado a resolver su tragedia.

Es película, por tanto, más de ambiente que de episodios, más contemplativa que activa, con intensidad debida más a su tono continuado que a emociones sacudidas, más de la naturaleza que del artificio. Refiriéndose concretamente al niño protagonista escribe el crítico japonés Hideo Tsumura: "Nosotros los críticos, que todo lo criticamos, ante lo extraordinario de este niño, no tenemos nada que decir... Su arte no es arte, es naturaleza... Este niño de seis años es eso: la belleza de una rosa."

Efectivamente, gran parte de la labor lenta y penetrante de la película se debe a la continuidad fiel del personaje infantil perfectamente enmarcado en un ambiente, personajes, música y paisaje que no son más que la proyección plástica del mundo de valores que representa Marcelino.

No nos vayamos a imaginar, con todo, que Marcelino o Pablito Calvo el niño madrileño que lo ha interpretado, representa alguna forma incipiente de superhombre. Son sencillamente eso: un niño, todo un niño, sólo un niño. El de la fábula significa lo que sobre un buen natural puede el cariño de una educación abierta a todas las ternuras, inundada de un cristianismo que no es fórmula sino espíritu y vida que lo invade todo, que se acomoda a sus años infantiles, que impregna un ambiente purísimo. Sigue siendo niño, como los demás, metido a todas las travesuras, con su mundo aparte y distinto del de los mayores, con su manera personalísima de vivir, —como se respira el aire límpido y claro de la mañana,— la religión. Por ahí penetran el cuento y la película a ese ambiente de maravilla, de ternura idealizada que la niñez representa sin quererlo ni saberlo, simplemente porque es obra salida de las manos de Dios en la que todavía ni siquiera apuntan las flores del mal.

Se pone así de relieve ante los ojos de los hombres una niñez que acostumbramos contemplar sin admiración ni ahondamiento. Es la labor de Sánchez Silva, autor del cuento y coguionista, que ha sabido penetrar en ese mundo cerrado de la infancia contemplándolo con ojos niños de seis años y la añadidura de un impalpable velo de reflexión y señalamiento para remedio de mentes ligeras o inadvertidas. Es, asimismo, labor de Ladislao Vajda, director de la película y coguionista que ha acertado a orientar la ingenua perspicacia del muchacho protagonista dándonos en imágenes de ritmo lento el tono contemplativo y la serenidad de espíritu que el intento requería.

Mas no concluye con la representación fiel de la infancia el propósito y el alcance de la película; la niñez tiene siempre algo de hondamente simbólico e ideal ya señalado en aquel "si no os hicierais como niños" como reclamo de la infancia espiritual e interior. Me refiero a la entrada en una esfera de limpidez, de claridad virginal, de elevación espiritual por desprendimiento de todo lo accesorio, caduco o carnal; esfera en la que se halla la plenitud de la vida por sencilla sublimación sin alambicamientos o vueltas a un primitivismo rousseauniano de orden puramente naturalista que no se ha dado ni puede, ya, darse históricamente. Un mundo nuevo y mejor en que la novedad y la mejoría proceden primariamente de las pupilas clarificadas del alma que lo contempla todo con mirada inaugural, con ojos de estreno. El espectador puede salir con el espíritu y el cuerpo lleno de claridades si es todavía capaz de soñar, de dejarse arrebatar en el vuelo de alas misteriosas. "Soñemos, alma, soñemos."

Y, si es capaz de pensar...

Las civilizaciones han seguido siempre un proceso hacia lo complejo, hacia lo recargado donde se multiplican los adornos formales, las disquisiciones sutiles, donde la materia desborda el espíritu, la apariencia al ser; mientras se van desvirtuando las esencias interiores que dieron luz, vida y autenticidad a esas civilizaciones cuando aún crecían desde dentro. Se pretende entonces galvanizar el cadáver con excitaciones violentas ve-

nidas desde fuera y se pretende asimismo disimular la ausencia de la genuina cultura con derroche de perfeccionamientos exteriores y materiales.

Frente a esas notas que señalan el sino decadente de nuestro tiempo enredado y envejecido, **Marcelino pan y vino** busca la instauración del espíritu, de la sencillez, de la verdad y del ser. En la literatura y en la cinematografía contemporáneas se han multiplicado las obras que representan un grito de alarma que testimonia el estado de ánimo de nuestras generaciones últimas; se trata de obras amargas, dolientes, atormentadas: los ejemplos abundan de tal manera que es ocioso detenerse en su enumeración. Son obras más de testimonio que de liberación. Todo lo contrario la película que comentamos se coloca entera en la línea de las soluciones más que de los problemas; por eso ha suscitado esa acogida tan universalmente favorable no sólo como regocijo y pasatiempo sino como vocación a un mundo nuevo. Los críticos de todo el mundo han sentido en ella que un aire nuevo venía a llenar unos pulmones casi agotados por tantas auras encerradas y viciosas. A ello se han dedicado autor y director que han logrado mantener todo el espíritu primitivo del tema; es un niño ingenuo y hondo, libre, quien centra todas las miradas; son unos franciscanos en contacto con las fuentes mismas de lo natural quienes le dan cumplida réplica; es un paisaje austero en total armonía con el convento pobre y desnudo quien enmarca el primitivismo recio y sugerente del que niño y frailes dan la medida humana palpable; son las gentes de sencillo vivir que predicán sin saberlo un retorno a lo humilde y a lo simple y que a un crítico le han arrancado este comentario: "Es muy posible que ustedes, impresionados por esta película, sientan de repente deseos de pelar por sí mismos las patatas y hacerse la sopa." Todavía le quedan otros elementos plenamente logrados: el humor y la música que atan al espectador a temas y ambientes como un verdadero alivio de caminantes.

Fondo y forma se amoldan en conjunción admirable, plegándose ésta a aquél sin concesiones a lo fácil o a lo puramente folklórico; la imagen narra sencillamente, claramente, humanamente lo que en el tema es, asimismo sencillo, claro y humano. Una imagen reposada y limpia que ha sabido captar el mundo ante el que se enfrenta y que ha sido capaz de transmitirlo al espectador, habiéndola ahondado a través de sus enfoques.

Como culminación de esa vuelta a lo sencillo, permanente y universal en el hombre, surge la presencia y la bendición del cristianismo sobre aquel modo de ser pobre de espíritu, limpio y humilde de corazón. No es algo añadido o accesorio: el mensaje evangélico que aquí se manifiesta como acercamiento de la plenitud de Dios a las almas sencillas y humildes, lo impregna todo desde el comienzo al fin. Resulta aquello la cosa más natural del mundo; algo así como si el hombre fuera naturalmente cristiano.

Lo que en "El Renegado" era ahondamiento doloroso en realidades presentes, una sacudida de fórmulas y apariencias para dar con la esencia trágica del sacerdote como ser humano, es en **Marcelino, pan y vino** evasión a un mundo superior en que ni siquiera es posible el planteamiento del problema porque se anulan —superándolas— las condiciones mismas que lo pudieran poner en pie. No es que sea ésta una película sin contenido ni intención aunque la densidad del cuento y el matiz del propósito se hayan diluido a veces en la imagen; la supresión de los diálogos o su reducción máxima no ha logrado siempre encerrar en lo que ha que-

dado toda la densidad de las palabras tal como aparecían en la obra original cuando Jesús hablaba con el niño. Pero el ambiente general plenamente logrado hace que la pantalla esté durante la película entera proyectando sobre el espectador atento ese cúmulo de virtudes tan radicales que llevamos anotadas y otros múltiples aspectos que iluminan el camino que va del hombre a Dios y a la felicidad.

Para muchos, Marcelino será la infancia perdida que ha sido recordada: todo lo que el hombre nunca debió abandonar de su ser infantil, lo que los niños mezclados entre los hombres pueden significar para éstos, lo que nuestro mundo está perdiendo con los niños que, por el pecado, nunca nacerán. No es difícil explicarse por qué este cuento y esta película han tenido éxito tan grande en países ennegrecidos por el aborto. Pensará alguno que esto, lo que esta obra nueva representa, es querer afanarse por las arenas que los ríos y los años se llevaron para siempre. Pero siempre será un afán que hace bien al alma y al corazón.

Muchos creen que la película triunfa por su pequeño artista, Pablito Calvo. Y no se engañan del todo aunque probablemente ignoran el motivo pleno de su admiración, ya que en él están centrados todos los valores que a bandadas se desprenden de la película: es la personificación viviente en su rostro de enorme pureza e ingenuidad, en su voz queda de niño solitario, en su mirar seguro y limpidísimo... de todo ese mundo que simboliza la infancia como ideal de vida. En su contemplación, —contemplación requiere esta película— los hombres van a descargar de la espalda muchos fardos que les apesadumbran y van a orear su espíritu con las auras de un mundo superior.

Rabindranath Tagore, cuya producción corre siempre muy paralela al estilo de esta obra, labró este aforismo: "Dios espera hasta que el hombre se hace niño de nuevo en la sabiduría." Quede como lema e interpretación de esta producción singular.

San Salvador (El Salvador)

